

LA LEY DE DIOS

SEMANARIO CATÓLICO.

LA VOZ DEL PAPA.

Encíclica de Leon XIII

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS,
OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS, EN PAZ Y
EN COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE.

A Nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas Primados, Arzobispos, Obispos y á los demás Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica

LEÓN XIII, PAPA

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Conveniente es celebrar con mayor magnificencia cada día y rogar con una ilimitada confianza á la Santísima Virgen Madre de Dios, auxiliadora constante y clementísima del pueblo cristiano. Los muchos y variados beneficios que se obtienen en todas partes por su intercesión poderosa, son otros tantos motivos de alabarla y de enaltecerla; y el pueblo cristiano, en efecto, á tal punto lleva las muestras de su agradecimiento á esta celestial Señora, que no obstante las circunstancias por que atravesamos, no muy favorables á la Religión, nunca se vió florecer más espléndido y lozano el culto á la Santísima Virgen. Con harta elocuencia prueban esta afirmación el restablecimiento y multiplicación de las asociaciones fundadas bajo su patronato; la construcción de tantos espléndidos monumentos consagrados á su nombre augusto; la organización de piadosas peregrinaciones á sus más venerados santuarios, la celebración de Congresos consagrados al incremento de su gloria, y tantas otras manifestaciones parecidas, excelentes en sí mismas y llenas de magníficas promesas para lo porvenir.

Hecho singular y en alto grado consolador es este que Nos, con satisfacción tan profunda de nuestro corazón, señalamos; entre las múltiples formas que revisite la piedad en sus manifestaciones de amor hacia María, el Santísimo Rosario se propaga más cada día con gran contentamiento y provecho del pueblo cristiano. Este despertar maravilloso, Nos lo decimos de nuevo, es para Nuestro corazón motivo de santo regocijo; porque si Nos hemos consagrado no escasa parte de Nuestros apostólicos trabajos á la difusión entre los fieles de aquella devoción provechosa, place á Nos igualmente manifestar con cuánta benignidad ha respondido á Nuestros votos la Reina Soberana de los Cielos con tan fervorosas plegarias invocada: y de igual modo Nos abrigamos ilimitada confianza en que Ella se dignará endulzar las amarguras que, en día no lejano, van á inundar Nuestro corazón.

Pero sobre todo, Nos vemos en el Santísimo Rosario un medio poderoso y auxiliar eficacísimo, para extender cada vez más las fronteras del reino de Jesucristo. En varias ocasiones Nos lo hemos declarado. La reconciliación con la Iglesia de las naciones separadas de ella, constituye, en los actuales momentos, el objeto culminante de Nuestros deseos, y á esa obra de pacificación se enderezan ahora todos Nuestros esfuerzos. Nos, ya hemos indicado así mismo que el éxito de esta magna empresa principalmente dependía de las oraciones y súplicas dirigidas al Todopoderoso, y con motivo de las grandes solemnidades de la Pentecostés, Nos recomendamos con gran eficacia á los fieles pidieran al Espíritu Santo un éxito feliz para Nuestros designios, por medio de plegarias especialísimas y colectivas. Place a Nos declarar aquí que el pueblo cristiano respondió á Nuestras invitacio-

nes de modo tal, que ha superado á Nuestras esperanzas.

Pero atendiendo á la gravedad de las circunstancias, y teniendo en cuenta que sin la virtud de la constancia flaquean todas las demás virtudes por su base, conviene recordar el consejo del Apóstol: «perseverad en la oración» (Col. IV., 2) y esto, tanto más, cuanto que los dichos resultados ya obtenidos parecen invitar-nos á continuar incansables en la oración. Así, pues, Venerables Hermanos, será utilísimo que, durante el próximo mes de Octubre, vosotros y los pueblos confiados á vuestra pastoral solicitud, os unais á Nos para invocar con fervor y mediante la práctica del Rosario á la Santísima Virgen María.

El profundo misterio de la inagotable caridad de Jesucristo se revela de un modo especialísimo en aquella circunstancia de haber querido, próximo ya á la muerte, confiar su Madre á San Juan constituyéndola en Madre suya, por virtud de un testamento memorable: «Hé ahí á tu hijo», dijo á María desde lo alto de la Cruz. Según la interpretación constante de la Iglesia, Jesucristo quiso designar en la persona de Juan á todo el género humano; y más especialmente á aquellos hombres que habrían de estar ligados con Él por los lazos de la fé. Y en este sentido pudo decir San Anselmo de Canterbury: «¿Qué puede concebirse de más grande, sino esto, que vos, oh Virgen Santísima, sois madre de aquellos que tienen á Jesucristo por padre y por hermano?»

María Santísima recibió con espíritu generoso este espléndido legado comenzando á cumplir su elevada misión en el Cenáculo bajo los sagrados auspicios del Espíritu Santo. Ella fué ayuda y sostén de la naciente Iglesia, por la santidad de su ejemplo, la autoridad de sus consejos, la dulzura de sus exhortaciones y la eficacia de sus plegarias ferventísimas: mostróse verdaderamente Madre de la Iglesia, y fué verdadera reina de los Apóstoles, á los cuales hizo participantes del tesoro de los divinos oráculos que Ella «guardaba en su corazón».

Imposible de todo punto manifestar hasta dónde llegaron los efectos de su

misericordia desde el momento en que se vió elevada al pináculo de la gloria, al lado de su divino Hijo, en el trono esplendente que convenía á su altísima dignidad y á sus singularísimos méritos. Desde aquellas luminosas auras, Ella comenzó á velar constantemente por la Iglesia y á otorgarnos su maternal protección, de tal modo que después de haber sido cooperadora en la obra maravillosa de la redención humana, ha venido á ser la dispensadora de las gracias, frutos de esa misma redención, habiéndosela otorgado para ello, un poder cuyos límites no pueden co'umbrarse. Por esta razón las almas cristianas se sienten naturalmente impulsadas hacia María; por esta razón comunican á esta Madre amantísima sus pensamientos y sus designios, sus alegrías y sus tristezas; y en todas las vicisitudes de su existencia confían en ella y en su protección soberana; por esta razón se elevan á María interminables alabanzas en todas las naciones y en todos los ritos, que van multiplicándose á través de las edades. Háselá llamado *Nuestra madre, Nuestra reina, Nuestra mediadora, la Reparadora del mundo, la Dispensadora de las Gracias de Dios.*

Y como el fundamento y el principio de las gracias divinas, mediante las cuales es dado al hombre elevarse por encima de las cosas naturales al conocimiento del orden sobrenatural, es la fe, para adquirir esta fe salvadora y mantenerla siempre encendida en nuestras almas, es necesario pedirla con insistencia á Aquella que concibió en sus entrañas al «Autor de la Fe» y que por lo maravilloso de su fe fué proclamada «bienaventurada». «Nadie puede llegar al conocimiento de Dios, ¡oh, Virgen Santísima! sino por vos; nadie puede salvarse sino por vos, ¡oh Santa Madre de Dios! Nadie, sino es por vos, obtendrá misericordia». (S. Germán, Constant, Or. II, in dormit. B. M. V.) Ciertamente no parecerá exagerado afirmar que solamente bajo la dirección, y mediante el auxilio de María, pudo la doctrina evangélica esparcirse á través de tantos obstáculos y fructificar en todas las naciones; estableciendo en todas ellas el nuevo reinado de la justicia y de la paz. Este mismo pensamiento era el que inspiraba la oración

de San Cirilo de Alejandría, cuando se dirigía á la Santísima Virgen en aquellas memorables palabras: «Por vos, predicaron los apóstoles á las naciones la doctrina salvadora; por vos, la Cruz bendita fué celebrada y adorada en la redondez de la tierra; por vos, fueron puestos en fuga los demonios y el hombre se sintió llamado al Cielo, por vos, toda criatura, envuelta en los errores de la idolatría, llegó al conocimiento de la verdad; por vos, alcanzaron los fieles la gracia del Santo Bautismo y se fundaron iglesias en todos los pueblos.» (Hom. contra Nestor).

Todavía más: María, como así lo proclama el mismo santo doctor, fué la que fortaleció y consolidó muy especialmente «el cetro de la Fe ortodoxa,» y desplegó todo su poder para que la Fe católica se mantuviera sólida, intacta, poderosa y fecunda. ¿A qué aducir pruebas en demostración de esta verdad inconcusa, pruebas que más de una vez se han manifestado por modo maravilloso? Sobre todo, en aquellas épocas tristes y en aquellos pueblos en que se contempló abatida y como agonizante la Fe, ó en que se vió atacada con furor indecible por multitud de perniciosos errores, se manifestó de un modo evidentísimo el misericordioso auxilio de la augusta Virgen María. En estos momentos fué, cuando, merced sobre todo á su protección nunca desmentida, surgieron varones eminentes en santidad y en apostólico celo que opusieron dique invencible á los asaltos del error y lograron tornar á los hombres á la piedad de la vida cristiana. Ilustre, entre estos varones escogidos fué Domingo de Guzmán, quien consagrándose á este doble apostolado, puso entera su esperanza en el Rosario de María. Nadie ignora cuánta parte cupo á la Santa Madre de Dios en los grandes servicios prestados á la causa de la verdad católica por los venerables Padres y doctores de la Iglesia. De Ella, con efecto, que es «Asiento de la Sabiduría» procedió la inspiración tan fecunda que palpita en sus escritos, y por Ella solamente, como ellos mismos lo proclaman, fué confundida la malicia de los errores y se vió detenida, en sus progresos, la herejía. Por último, los príncipes cristianos y los romanos

Pontífices, custodios y defensores de la Fe, los unos en los trances de la guerra, los otros en la promulgación de sus solemnes decretos, siempre imploraron la protección de esta Madre de misericordia y jamás la imploraron en vano.

Por esta razón, la Iglesia y los Padres glorifican á María con tanta verdad como magnificencia: «Salve, lengua siempre elocuente de los Apóstoles, sólido fundamento de la Fe, baluarte inquebrantable de la Iglesia. Salve; por vos hemos sido inscritos en el número de los ciudadanos de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Salve; divino manantial del que fluyen sin cesar los rios de la divina sabiduría; las aguas puras y límpidas de la ortodoxia que rechazan á lo léjos las turbias olas de los errores. Regocijáos; porque vos sola habeis destruido en el mundo todas las herejías.»

Esta parte principalísima que cabe á la Madre de Dios en los combates y en los triunfos de la Fe Católica, pone de manifiesto con claridad meridiana los designios de la divina Omnipotencia respecto á la Virgen Santísima, y debe inspirar á todos los buenos firme esperanza de que nuestros votos se verán cumplidos y colmados nuestros deseos.

¡Hay que confiar en María! ¡Hay que rogar á María! ¿Qué no podrá Ella hacer en pró de la realización de este Nuestro deseo; que la Religión llegue á unir á todos los espíritus por la profesión de una misma Fe y á todas las voluntades por los lazos de una perfecta caridad? ¿Qué no querrá hacer Ella en favor de los pueblos, por cuya estrecha unión rogó Cristo con instancias á su Padre, y que llamados, por virtud de un solo Bautismo á participar de una misma inmortal herencia, adquirida al precio de un sacrificio de valor infinito, deben marchar todos juntos y de corazón unidos, con dirección á esta «luz admirable?» ¿Cómo no ha de desplegar Ella todos los tesoros de su ternura y de su benevolencia en pró de la Iglesia, endulzando los largos sufrimientos de la Esposa de Jesucristo y fortificando los lazos de la unión en el seno de la familia cristiana, fruto insigne de su *maternidad*?

(Continuará)

ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

Es una obra de misericordia que se debe de justicia.

El pobre que contribuye con su trabajo á satisfacer las necesidades de sus semejantes, y, con su dinero, á llevar las cargas públicas, tiene derecho á que se le instruya gratis, ya que nada, ó muy poco, aprovecha de eso que llama goces del mundo la gente afortunada.

Por esta y otras razones, harto conocidas, los gobiernos de todas las naciones han creído deber de estricta justicia crear escuelas surtiéndolas de personal y menaje para poder instruir gratuitamente la clase productora, que viene á ser en todas partes la más necesitada de instrucción.

Pero en esta desgraciada España, y aún fuera de ella, no se puede hablar de escuelas sin acordarse de lo poco justos que suelen ser los gobiernos, y aún más los pueblos, con los Maestros.

El Maestro de..... todos los pueblos, aparte de ser, generalmente, el blanco de todas las burlas y el refugio de todas las hambres, suele ser la víctima de todas las intrigas y el objeto de todas las persecuciones. Desde el Inspector hasta el celador se extiende una cadena de eslabones calumniosos que coarta, detiene y aprisiona al infeliz que con el mejor deseo y buena fe consagró su libertad, su juventud, su instrucción á desasnar pueblos.

El buen Maestro, tal y como lo entiende la Pedagogía, envuelto en la villana red de picardías que en todo tiempo y lugar se le tiende, muere mártir. El buen Maestro, que además se siente hombre, muere matando, y sus golpes van directamente al corazón de la sociedad, que no puede evitarlos. La moralidad y la virtud flaquean, al paso que se fortalecen sus contrarios.

Y, al fin y al cabo, parece una sangrienta burla pedir al Maestro que inculque en el espíritu de sus tiernos discípulos las ideas de amor, de caridad y de justicia, cuando, por lo general, él ha sido siempre el objeto de todas las injusticias, desdeñes é ingratiudes.

La sociedad para pedir debe tener en cuenta la razón que le asiste en sus exi-

gencias, y también considerar si aquel á quien pide está en condiciones de poder dar.

Es preciso exigir al Maestro que vista con decencia para que no se preste al ridículo: bien, pero también es preciso darle veinte duros para un traje.

Lo primero lo comprende y lo practica ordinariamente la sociedad. En cuanto á lo segundo, indudablemente lo comprende también, pero no lo practica jamás.

No sabemos si el Gobierno ha mandado construir escuelas públicas para ser regentadas por Titulos de Castilla.

Si sabemos que el joven que aspira al magisterio ha de ser tan español como un Ministro de la corona, y ha de hacer constar su buena conducta por medio de certificados expedidos por el Alcalde, el Párroco, etc.; luego también ha de ser un joven honrado y virtuoso, y, en tal concepto, tan digno de respeto y consideración como el aspirante á carreras más pomposas y lucrativas.

No sucede así, desgraciadamente; y el pobre Maestro de escuela, ocupando poco más que el cero en la numeración de la escala profesional, se ve con harta frecuencia, expuesto á las vejaciones de los ilustrados y de los ignorantes. Es el yunque de doble cara destinado á recibir los martillazos de la estúpida barbarie y los de la hinchada ilustración.

Precisa, pues, que quien tiene obligación se fije en ello. El Maestro hambriento, desnudo, y ridiculizado no es el bello ideal de un pueblo que busca un modelo digno que imitar.

Es una obra de misericordia enseñar al que no sabe. Y quien no sabe es el pobre, que no le sobra el dinero para proporcionarse una vasta ilustración. El Gobierno, que construye escuelas y les proporciona la dotación necesaria, así de personal como de material, ama á los pueblos y los lleva al progreso, haciéndose acreedor á su reconocimiento y aplauso; pero en este estado las cosas, queda la obra comenzada.

Es preciso que nos convenzamos de que si el dirigir dignamente una escuela de niños no es tan aparatoso como dirigir la Universidad Central, no es menos honroso ni menos noble. Hay la única dife-

rencia de que en este establecimiento las leyes se han puesto de acuerdo para hacer que se respete al Profesor y al hombre, mientras que en el otro esas mismas leyes... casi podría decirse que coadyuvan á deprimir y denigrar al Maestro y al hombre.

El Maestro ha heredado de Jesucristo la santa misión de la enseñanza; también las burlas y chacotas con que los pueblos ignorantes la recibían de los amantes labios del divino Maestro.

Enséñese al que no sabe: es obra de misericordia; pero también lo son dar de vestir al desnudo y de comer al hambriento.

LOS PRIMEROS AÑOS DE TERESA DE JESÚS.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de hacernos rezar; y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer de seis ú siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar que él tuviese esclavos, porque les había gran piedad; y estando una vez en casa, una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos; decía que de que no era libre, no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad. jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes sus trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos, todos parecieron á sus padres,

por la bondad de Dios, en ser virtuosos, sino fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón, porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me ha dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenía uno casi de mi edad, juntábamnos entrambos á leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía grande amor y ellos á mí; como vía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo atendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á qué medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y pareceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acabáranos estar muchos ratos tratando de esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, por

co menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora, y supliquele fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aún cuando se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío! pues parece teneis determinado que me salve, plegue á vuestra Majestad sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviéades por bien, no por mi ganancia, si no por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada á donde tan continuo había de morar?

Fatígame, Señor, aún decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa: porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuanto á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no vía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza, que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

(De la vida de Santa Teresa, escrita por ella misma. Cap. I.)

LAS ILUSIONES.

II.

¡Cuánta ilusión en el mundo, nos decimos todos, y qué sería sin ellas nuestra vida!

Algunos creen que sin la ilusión perdería ésta algo de sus encantos y bellezas. Verdad es, si de encantos y bellezas hablamos, que á los sentidos cautiven; no así si hablar intentamos de belleza y encantos que enamoren al corazón.

Corazón que siga ilusiones nunca respirará en atmósfera rica en morales bellezas, como provechosas enseñanzas recibirá apenas la vida que bulliciosa vaya en pos de la ilusión.

Hay ilusiones inocentes, también las hay que animan; también anima la fiebre mientras prepara al enfermo postración dolorosa.

Y sea en buen hora que existan ilusiones inocentes; ¡cuántas existen, empero, que con ostentosa corola nos ocultan espinoso tallo! ¡Cuántas que con manos cruelmente blandas nos hieren fingiendo acariciarnos! ¡Cuántas que entrando en nuestro corazón cual risueñas apariciones tórnanse horribles vampiros que chupan toda su sangre, la más rica y más vital!

Dejemos que se alegre con ilusiones la infancia, y aún la adolescencia, que como edades irreflexivas y bulliciosas, representan en la humana existencia el tiempo del juego y de los sueños; sí, soñad y alegraos, angelitos, que ya os llegará el tiempo de llorar y gemir despiertos.

Pero á los jóvenes para quienes el mundo abre ya sus horizontes, asaz deslumbrantes y seductores, y á los que caídos ya en sus lazos, llevan en el alma la inquietud, cual huésped importuno, ó descansan en ellos gozando de paz falsa, todavía peor por ser traidora, á éstos les debemos cuatro palabras y alguna reflexión.

Un doble impulso moverá nuestra pluma: la simpatía, pues no somos viejos, y también hemos sentido la ilusión, y la conciencia, pues somos cristianos y los amamos á todos en Cristo Jesús.

¿Qué os dice el mundo al presentaros sus magnificencias, sus goces, sus tesoros y su felicidad?

En días muy lejanos, en los tiempos primeros de la humanidad, se oyó en el paraíso, morada todavía de los mortales, una voz tan pérfida como dulce, que así hablaba á sus moradores: *Eritis sicut dii scientes bonum et malum*. Les prometía la ciencia del Señor.

Sólo una condición les imponía: quebrantar su precepto y mandamiento. ¡Absurdo! la revelación no es madre de la sabiduría.

Como el tentador conocía perfectamente á quienes atacaba, y á éstos no les faltaba claro talento y alma varonil, les ofreció la sabiduría, no el placer.

Mas el mundo, amaestrado en la escuela de aquel seductor eterno, en cuyos

lazos se ha dejado prender, conoce asimismo perfectamente á los que ha escogido por víctimas, y si bien á algunos de alma noble les brinda con la sabiduría, á los más sólo presenta la copa del placer.

Placer de diversas suertes: placer satánico del orgullo, placer brutal de la carne, placer sin entrañas del oro.

Pero ambos tentadores mienten con los halagos con que hechizan, porque viviendo en densa atmósfera de mentira, no tienen para arrojar á sus secuaces otro alimento que perpétua ilusión.

Son hábiles, esto no impide que sean falsos: también lo son los traidores; son insinuantes y tiernos: también llora el codrilo antes de devorar su presa.

Jóvenes que empezais á entrar en los secretos del mundo, ¿cuáles son esos reinos que os ofrece, si, al mostrároslos, rendidos le adorais? ¿qué esplendores y magnificencias veis brillar en ellos? ¿cuáles son sus voces y mágicos murmullos? ¿cuáles sus goces, dichas y alegrías?

Y vosotros que habeis hecho ya del mundo vuestro guía y de sus ilusiones vuestras creencias, ¿qué encontráis en sus máximas, que así os arrastran, y en sus encantos que así os roban y adormecen el alma?

Responded.

CRONOLOGÍA HISTÓRICA

DE LOS AÑOS DE LA VIRGEN MARÍA.

(Conclusión).

VIDA OCULTA DE JESÚS.—Hasta la muerte de José (que fué á los veinte y ocho años de Jesús) María cuidaba de la casa, José trabajaba en su oficio de carpintero, su Hijo le ayudaba, y todos tres no cesaban en la más alta contemplación.

BAUTISMO Y AYUNO DE JESÚS.—Dos años después de la muerte de José, se despidió Jesús de su Madre para ir á Betania á ser bautizado por San Juan en el Jordán, y después al desierto por cuarenta días.

PREDICACIÓN DE JESUCRISTO.—Vuelto Jesús del desierto á Nazareth con su Madre, y trayendo ya algunos discípulos, empezó su predicación por Galilea,

acompañándole casi siempre la Santísima Virgen.

BODAS DE CANÁ.—Extendida su fama por Galilea, fué convidado de sus parientes á unas bodas, á donde le acompañó su Madre y algunos discípulos. Aquí faltando el vino, le dijo su Madre una palabra, y al punto convirtió en vino generoso seis tinajas de agua que había. Este fué el primer milagro público que obró Jesús.

BAUTISMO DE LA VIRGEN.—De aquí bajó con su Hijo á Cafarnaum, y se cree que fué bautizada por él en el Jordán.

Los dos últimos años de la predicación del Hijo, le siguió casi siempre; aunque tenía su residencia ordinaria en Cafarnaum.

La víspera de la pasión se mantuvo en su estancia con las santas mujeres, desde donde vió en espíritu todo lo que pasó en el Cénaculo y en el huerto de las Olivas, en casa de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos.

El día siguiente, viernes, le vió llevar la cruz á cuestas. Le salió al encuentro en la calle de Amargura. le siguió hasta el Calvario, le vió clavado en la Cruz entre dos ladrones, á las doce del día, á los treinta y tres años de su edad, contando desde su Encarnación.

Permaneció á su vista tres horas, que estuvo vivo en la cruz: vió á los soldados jugar sus vestidos, sortear la túnica inconsútil, y todas las burlas y escarnios del populacho.

Oyó las siete palabras que hab'ó en la Cruz, y el encargo que la hizo, de que nos mirara como hijos, y que nosotros la tuviéramos por Madre.

DOLORES DE LA VIRGEN.—Finalmente le vió espirar á las tres de la tarde, herir su costado con la lanza, oscurecerse el sol, convertirse el buen ladrón, el centurión y otros; tuvo en sus brazos el cuerpo desenclavado de su Hijo, le adoró, y con San Juan, las otras piadosas mujeres, José y Nicodemus, le llevó al sepulcro.

RESURRECCIÓN.—El domingo inmediato le vió resucitado y glorioso, al rayar el alba, y otras muchas veces por cuarenta días.

ASCENSIÓN.—A los cuarenta días, el 3 de Mayo, jueves, cerca de las doce, salió del cenaculo con su Hijo, los once Apóstoles, las santas mujeres y otros fieles, hasta ciento veinte, llegó á Betania, media legua de Jerusalén, subió con toda la comitiva al monte Olivete, y allí se despidió de su Hijo, recibió su bendición, y le vió subirse á los cielos glorioso, más hermoso que el sol, acompañado de las almas de los santos Padres, que había sacado del limbo, y de innumerables Angeles.

BAJADA DEL ESPÍRITU SANTO.—De allí se volvió con su pequeña grey al Cenáculo en Jerusalén, casa de Juan Marcos, á esperar la venida del Espíritu Santo.

A los diez días, 13 de Mayo á las nueve, fué llena del Espíritu Santo, que en figura de lenguas de fuego, bajó sobre ella y demás fieles, que estaban en su compañía esperando y orando.

El mismo día tuvo el gozo de ver convertidos tres mil y recibir el bautismo.

Desde cincuenta años que tenía entonces, hasta los setenta y uno, permaneció en Jerusa'én en el monte Sión, en casa de Juan Marcos, hijo de María su parienta, discípulo de Jesús, y después compañero de San Pablo y San Bérnabé, en los viajes apostólicos.

PILAR DE ZARAGOZA.—Teniendo cincuenta y cuatro años, vino por ministerio de Angeles á Zaragoza, apareciéndose al Apóstol Santiago el Mayor, á quien mostró su agrado de que se le edificase allí un templo, lo cual ejecutó al punto el apóstol con sus discípulos, colocando en él una imagen suya sobre una columna ó pilastra, el 2 de Enero del año 37 de Jesucristo.

A los sesenta y uno de su edad y doce de la muerte de su Hijo, dispersados los apóstoles por todo el orbe, por la persecución de Herodes Agripa, tuvo que retirarse con San Juan, su tutor á Éfeso.

El año siguiente volvió á Jerusalén, casa de María, madre de Marcos, donde permaneció hasta su muerte, ocupada en los ejercicios del más puro amor, alegrando con su dulzura y virginal modestia los ánimos de los fieles, que de todo el mundo venían á oír y á ver á la Madre de Dios, y siendo el consuelo, luz, maes-

tra, ejemplo y oráculo de la recién-nacida Iglesia.

TRÁNSITO.—Finalmente, á los setenta años de su edad y veintitrés de la muerte de Jesús, viernes, á las tres de la tarde, día 13 de Agosto, después de haber consolado á los Apóstoles, que concurriendo milagrosamente de las más remotas partes del mundo se hallaban presentes con otros muchísimos fieles, les echó su bendición y murió de amor.

Su alma voló al punto al cielo; su cuerpo fué llevado en solemnísimá procesión por los Apóstoles y discípulos á Getsemaní, y puesto en un sepulcro, no lejos del de su Hijo.

ASUNCIÓN.—Al tercero día, el 15 de Agosto, por la mañana temprano, bajó su bendita alma del cielo, acompañada de Jesús y de los Angeles, entró en el sepulcro, se juntó con su cuerpo, resucitó, subió á los cielos en los brazos de su amado, y fué colocada en su trono de gloria cerca de la Santísima Trinidad, en coro aparte, sobre todos los justos, á la derecha de su Hijo, coronada por Reina de cielos y tierra, hecha dispensadora de todas las gracias del Altísimo, medianera entre Dios y los hombres, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza.

El día del juicio bajará con su Hijo á juzgar vivos y muertos en el Valle de Josafat.

Acabado el juicio volverá á subir con su Hijo y todos los escogidos al cielo para reinar con Dios por los siglos de los siglos sin fin.

SUMA DE ESTA CRONOLOGÍA.

María Santísima Nuestra Madre, vivió setenta años.

En Nazareth con sus padres.	3.
En Jerusalén, en el templo.	11.
En Nazaret y Hebrón con José.	1.
En Nazareth y Egipto con Jesús y José.	7.
En Nazareth con Jesús y José.	21.
En Nazareth con Jesús, después de muerto José.	2.
En Cafarnaum durante la predicación de Jesús.	4.
En Jerusalén, muerto Jesús.	12.
En Éfeso con San Juan.	1.
En Jerusalem otra vez con San Juan	8.
Total.	70.

VARIEDADES.

LAS TRES AVE MARIAS

(LEYENDA).

Un joven, bueno como un ángel, noble como un rey, formaba las delicias de sus padres de quienes era la única esperanza. Su clara inteligencia, los generosos sentimientos de su corazón habían recibido toda la perfección que proporciona una educación brillante, como los adornos primorosamente cincelados en una bella obra de escultura reciben una nueva hermosura del esmalte que los cubre.

Todavía niño, su piadosa madre se complacía en llevarlo al pie del altar de María y le enseñaba á invocarla con el dulce nombre de Madre; de suerte que el amor de su Madre del cielo y el de su madre de la tierra hicieron á la vez admirables progresos y formaron como dos áncoras de salvación, que debían un día salvarle en el naufragio. El niño sentía por la Virgen del cielo aquel amor tierno y confiado que le inspiraba su madre, y á ésta la amaba con aquel afecto mezclado de respeto y veneración que la imagen de María inspiraba á su corazón.

La infancia pasa con su inocencia; luego viene la juventud con sus locuras. Nombrado agregado á una embajada, el joven dejó á su madre para dirigirse á una corte extranjera. Su corazón abierto como una rosa al soplo de la brisa, no experimentaba desconfianza alguna. Poco á poco las adulaciones le desvanecieron, al mismo tiempo que la ociosidad y las riquezas corrompían su alma. Una á una se marchitaron todas sus piadosas creencias: uno á uno se apagaron sus buenos sentimientos como se deshojan, después de haber perdido su perfume y su brillo, las blancas flores del naranjo. Pronto no quedaron del pasado más que dos recuerdos, el de María y el de su madre. Esto era el único lastre que podía sostener la navicilla agitada por la tempestad. Todos los días antes de entregarse al descanso, este nuevo hijo pródigo se arrodillaba y rezaba en honor de la Virgen Santísima tres *Ave Marias* que acompañaba con una oración que concluía así:

Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

¡*Mi Madre no me abandona!* repetía todas las noches el desgraciado joven cuando se acostaba. Esta oración excitaba en su corazón una dolorosa angustia, iba en aumento, como las olas del mar que en los días de grandes marejadas. Eran los remordimientos que lo agujoneaban más y más. Pero al día siguiente, el pobre joven volvía á sus locuras, arrastrado como á pesar suyo, por la fatal pendiente que va del vicio al deshonor y del deshonor al crimen.

Un día, en una gran partida de caza con el desgraciado amigo que lo había perdido, sobrevino una tempestad horrible que les obligó á refugiarse en la primera posada que encontraron. Rendido de fatiga, su compañero se echó en una cama y se durmió, y lo mismo hizo él, después de haber rezado como de costumbre, pero con más vergüenza y amargura que otras veces, las acostumbradas preces de las tres Ave Marias.

Apenas se durmió, cuando se vió transportado al tribunal severo de Jesucristo sentado como Juez. Un alma acababa de ser condenada; era la de su amigo. A la vez se vé él conducido ante el mismo tribunal. Su madre, postrada ante el Juez irritado, pedía perdón por el hijo á quien había amado con amor cristiano. Luzbel echó con una risa burlona los pecados del joven en el plato de la balanza y el plato bajó rápidamente hacia el abismo. Los ángeles tristes se cubrían con sus alas, la pobre madre arrojó un grito y Luzbel respondió con uno de su triunfo: el alma estaba perdida.

Entonces apareció MARÍA, coronada de doce estrellas, pisando la plateada luna. Póstrase cerca de la madre del joven en una actitud suplicante y echa en el plato muy ligero de las buenas obras las tres *Ave Marias* fielmente rezadas por el infeliz hijo pródigo, y luego levantando hacia el divino Juez sus purísimos ojos, lanzó un suspiro. Al momento el plato de las malas obras se elevó, cediendo al peso de las *Ave Marias*; y al mismo tiempo el estallido de un trueno despierta al joven. A dos pasos de su cama ve e

cadáver de su amigo, herido durante el sueño y carbonizado por el fuego del cielo.



DULCE CAUTIVERIO.

Tempranito á coger rosas
Teresa baja al jardín,
Porque al través de las flores
Suele á su Dios descubrir.
Sátele al paso un Infante,
Niño escogido entre mil:
Rizado el áureo cabello,
En cada ojo un zafir,
La nieve de sus mejillas
Esmalta roseo carmín,
Cintan de grana los labios,
El cuello terso marfil,
Junto al pecho cinco rosas
De encendido carmesí.
«Deme la rosa el Infante,
Deme la rosa de Abril.
—Una, dos, tres, cuatro... toma.
¿Qué más deseas de mí?
—La quinta, Niño del alma,
Quisiera yo recibir.
—¿La quinta?... si es la mas bella,
Si es la reina del pensil;
Junto al corazón florece
De quien toma su carmín...
Mas si tanto lo deseas
También será para tí:
Vén, y goza del aroma
De la reina del pensil.
Tu nombre en pago, y amores
¿No me querías decir?
—Soy *Teresa de Jesús*,
Por quien deseo morir.
—Yo soy *Jesús de Teresa*,
En quien deseo vivir.»
De súbito sacro fuego
Por sus venas discurrir
Teresa siente... en los brazos
Del Niño-Dios cae al fin.
La lengua calla; del pecho
Quiere el corazón salir.
Al verla de amor herida,
Y que de amor va á morir,
Por templar su ardor, del cielo
Baja veloz Serafin,
Y con un dardo de fuego
Abre su pecho feliz.
Entróse en él el Infante
Para hacerlo su jardín,

Do cinco fuentes perennes
Engendren flores de Abril.
Al golpe del ígneo dardo
Recuerda Teresa, y diz
Que este cántico de amores
Cantó cual cisne al morir:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muere.
Aquesta divina unión
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Más causa en mi tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero

Nada me turba,
Nada me espanto,
Muero viviendo,
Vivo de amor.
Quien á Dios tiene
Nada le falta.....
Ya yo no vevo,
Vive en mi Dios.

Y este nuevo cantar suspende al cielo,
Da envidia al Serafin;
Rodeánla los Angeles pulsando
Sus arpas de marfil;
Y en tanto que Teresa vierte perlas
Más lindas que de Ofir,
Del Niño-Dios el dulce cautiverio
Celebra un Querubín.

Suavísimo el canto,
Suavísimo el són;
Más suaves las lágrimas
Que alegran á Dios.
»Teresa amor canta,
Hiriola el amor,
Y entrose en su pecho
Un Niño que es Dios.

»Ternísima endecha,
Del mas grato son
Entone tu lengua,
Gentil rui señor;
Leda fuentecilla,
Modera el rumor;
Que duerme en su pecho
Un Niño que es Dios.

»Tú, céfiro, roba
Su aroma á la flor,

Y espárcelo en torno,
En torno á los dos;
Con rayos de gloria
Circúndala, oh Sol;
*Pues reina en su pecho
Un Niño que es Dios.*

X.



CRÓNICA UNIVERSAL.

DE ESPAÑA.

—*El Boletín Eclesiástico* de Santiago publica un Edicto anunciando y sacando a concurso la vacante por defunción del último poseedor, de un Beneficio unido a la plaza de Sochantre.

Los Señores que quisieren hacer oposición á dicho cargo, se presentarán personalmente ó por apoderado en la Secretaría de Cámara, dentro de cuarenta días que se cuentan desde el 10 del actual.

—Se ha celebrado una velada literaria por los alumnos del Seminario de Soissona presidida por el señor Obispo doctor Riu. Después dieron serenatas al ilustre Prelado.

El martes se celebró una solemne Misa de requiem por los difuntos de Solsona.

Las fiestas continúan en aquella ciudad.

Vastos adornos engalanan los edificios, y por las noches hay iluminación general.

—Con gran solemnidad, se ha celebrado en Madrid la fiesta de Covadonga en la capilla que en la iglesia de San Luís poseen los Sres. Marqueses de Canillejas.

La capilla en la cual se halla el panteón donde reposan los restos mortales de los antepasados del ilustre prócer asturiano, ha sido últimamente restaurada por la familia de éste que allí costea los gastos del culto y para la función de hoy decorada con exquisito gusto.

A la fiesta organizada por la Cofradía de que es presidente el Sr. Barón de Covadonga, asistieron los Jefes y oficiales del Regimiento del mismo nombre y multitud de Asturianos.

Estuvo encargado de la predicación el Sr. Magistral de San Francisco el Grande, que pronunció un sermón elocuentísi-

mo elogiando las soberanas virtudes de Nuestra Señora la Virgen de las Batallas de quien recabó el espiritual auxilio para la pacificación de Cuba, lamentando al propio tiempo que hombres que se dicen hijos de España luchan traidora y tenazmente contra la madre patria.

DEL OBISPADO.

Bien puede afirmarse que en esta diócesis hay un despertar del arte cristiano: en el último mes de Agosto se comenzaron las obras de cuatro hermosos templos de estilo ojival ó gótico; el de Pola de Laviana, esbelto y gracioso, el de Santo Tomás de Avilés de proporciones grandiosas y la capilla episcopal de Somió, que será verdadera joya de arte, y la muy bella de Salares en Oviedo. En el mismo se recibió el templo de Navia, se abrió al público la capilla de Guía, ambos igualmente góticos, y se bendijo la nueva iglesia de Montoto.

Se ha terminado el crucero de la soberbia iglesia, asimismo gótica, que la villa de Gijón dedica al patriarca San José; se ha restaurado la parroquial de Calleras; tocan á su fin las de Cocañin, Sama, Artedosa, Alloniego y Rodical; y van á comenzarse las de Orriondas y San Lorenzo de Gijón.

Mientras tanto avanza rápidamente el templo monumental de Covadonga, cuyos hastiales y elevadas cruces de remate pudieron contemp'ar los numerosos romeros é incansables peregrinos de la última fiesta y del pasado estío. Emoción gratísima agitaba el ánimo de millares de oyentes, ante la elocuencia del orador católico—un Padre Dominicó, profesor de Friburgo—excitando al amor purísimo de la patria, y colocando á nuestro aguerrido ejército de Cuba bajo el amparo de la Virgen de las Batallas. ¡Cómo se siente latir en Covadonga el amor á España!

También el señor Obispo de Oviedo dirigió su autorizada palabra á los fieles, cantando las virtudes de María desde la Cueva misma que sirvió de baluarte á Pelayo y sus valientes. En el semblante del Prelado observaron los asistentes la satisfacción íntima que le embargaba. Puede estar satisfecho el Padre Martínez Vi-

gil; en 1886 ponía la primera piedra de los muros del templo, en 1895, mientras predicaba, veía alzada ya la Cruz que corona el hastial de la capilla mayor. Un año más y Covadonga tendrá su templo, uno de los mejores de España. ¡Falta un millón! Estamos seguros que ha de encontrarlo.

DEL CONCEJO.

Con toda solemnidad se ha celebrado la bellísima y popular fiesta del milagroso Cristo del Amparo, en el pintoresco pueblo de Nueva.

La humilde capilla estaba adornada con mucho gusto; la procesión recorriendo las calles de costumbre, bajo una bóveda de follaje, ofrecía un golpe de vista encantador.

La asistencia numerosa y escogida, y todos satisfechos.

Los vecinos de Nueva, por la sencillez, gusto y seriedad libre de pretensiones, que saben imprimir á sus fiestas merecen mil plácemes, no escatimándolos tampoco á su celoso Párroco.

—Han renunciado sus respectivos cargos en esta Iglesia parroquial, el director de la Congregación de Hijas de María, don Manuel Pardo Fernández, la presidenta doña María de las Nieves Posada y Posada, la vicepresidenta doña Lucía Sotres de la Fuente, la tesorera doña Juana Teresa Valle y la secretaria doña Dolores Marín Medina.

—En Piñeres de Pría ha sido sacada en rogativa la hermosa imagen de la Concepción y trasladada procesionalmente á la capilla del Santo Angel de la Guarda, en donde se rezó un solemne novenario para impetrar de su santo amor remedio á la sequia que agostaba los campos completamente.

—El martes próximo, á las siete y media de la mañana darán principio en la Iglesia parroquial de esta villa Misas gregorianas por el eterno descanso del alma del que fue presbítero D. Angel García Peláez.

—En la mañana de ayer ha fallecido en esta villa la señora doña Remigia García Moro.

A su afligida familia damos nuestro más sentido pésame.

SECCIÓN RELIGIOSA.

SEPTIEMBRE.

MES DEDICADO Á LA EXALTACIÓN DE LA SANTA FE.

Apostolado de la Oración.

INTENCIÓN GENERAL PARA SEPTIEMBRE
Las religiosas misioneras.

ORACIÓN PARA ESTE MES.

¡Oh Jesús miol por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en especial, por las heroínas de la fe y de la caridad que compitiendo en celo con los misioneros, comparten con ellos sus penalidades y sus victorias.

PROPÓSITO.

Formar sólidamente el corazón de las niñas en virtud y piedad, y combatir el lujo.

Visitas da elCorte de Maria.

Día 19. Nuestra Señora de la Visación, altar mayor de la parroquial.—*Día 20.* Nuestra Señora de Guadalupe, capilla del antiguo Convento.—*Día 21.* Nuestra Señora de la Presentación, altar mayor de la parroquial.—*Día 22.* Nuestra Señora de la Guía, en su capilla.—*Día 23.* Nuestra Señora de la Concepción, en su altar de la parroquial.—*Día 24.* Nuestra Señora de la Concepción, en su altar de la parroquial.—*Día 25.* Nuestra Señora de la Concepción, en su altar de la parroquial.

Santoral.

Jueves 19.—San Genaro, obispo.
Viernes 20.—San Eustaquio, mártir.
Sábado 21.—San Mateo, apóstol.
Domingo 22.—San Mauricio, mártir.
Lunes 23.—Santa Tecla, virgen.
Martes 24.—Nuestra Señora de las Mercedes.
Miércoles 25.—Santa María de Cerveillo, virgen.